

paramilitares, contra narcotraficantes, contra terroristas—, qué va a tener dinero para la investigación. [...]. [pág. 59]

Y de Bolívar, a quien llama “bailarín”:

Y la tierra. ¡Ah!, las extensas tierras americanas que les quitó con tanto denuedo a los españoles para dárselas, como premio a su valor, a sus caudillos colaboradores. Tal reforma agraria se la debemos también a su persona magnánima. Él, por supuesto, murió sin nada porque todo lo dio y de todo se olvidó en la persecución frenética de la celebridad. Amparados en tal abnegación franciscana, hay quienes lo veneran y lo ponen al lado de Jesucristo y don Quijote. Los que lo alaban hasta los hipos, los eructos y las flatulencias que emitió, dicen que, como genuino guía pueblerino, Bolívar jamás se arrepintió de sus fechorías [...]. [pág. 122]

Ahí tenemos a un Bolívar inédito en la pluma de un ironista, de alguien que se divierte escribiendo sobre las bellezas de la patria, antes que ponerse, solemne, la mano derecha al lado del corazón, gesto retórico y mentiroso como casi todo lo que viene de nuestros “defensores de la democracia”. El escritor que ríe ya había dicho de Bolívar que “La fragancia sincrética, más sus viajes que otorgaron un toque exquisito a sus maneras, y el saber bailar mejor que nadie la contradanza, atraieron el fervor de las mujeres más apasionadas. Tuvo tantas amantes como condecoraciones y a todas parece que colmó [...]” (pág. 119). Al final de su crónica dice que uno de los militares que acompañaban a Bolívar en su lecho de muerte le contó (de esa manera el narrador se inmiscuye en la trama y se hace protagonista) que atrás del primer grupo de expectantes había otro, de “bardos noveleros”, y cita a José Martí, Guillermo Valencia, Miguel Antonio Caro, Fernando González, Álvaro Mutis y García Márquez, entre otros. Y que este último “hacía cuentas con su estilográfica sue-

ca” (otra forma de romper el hilo cronológico y de poner al lector, de súbito, en tiempo presente, con temas de actualidad, lo cual también es propio de Montoya en varios de sus libros y relatos). Divertido, humano, ridículo, sagaz, valiente y dictador son adjetivos que le caben al libertador de Pablo Montoya. Es decir, un ser humano completo, no un mamarracho de tinta, papel y babas que es lo que hacen de él presidentes, políticos, guerrilleros y aduladores de oficio.

Adiós a los próceres es un libro, finalmente, al margen de las preocupaciones trascendentales de un narrador. Escrito con la frescura y la libertad de quien quiere exorcizar los demonios que le acechan en empresas de otra envergadura, de otros calados. Casi todos los escritores necesitan escribir estos libros, suerte de paréntesis literarios, para curarse en salud. A veces, como en este caso, sale un libro para el humor y el divertimento, pero que, al mismo tiempo, es una certera estocada a la solemne verdad que sustenta las mentiras que hemos aprendido de memoria desde niños por cuenta de nuestra ignorante y sumisa educación.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

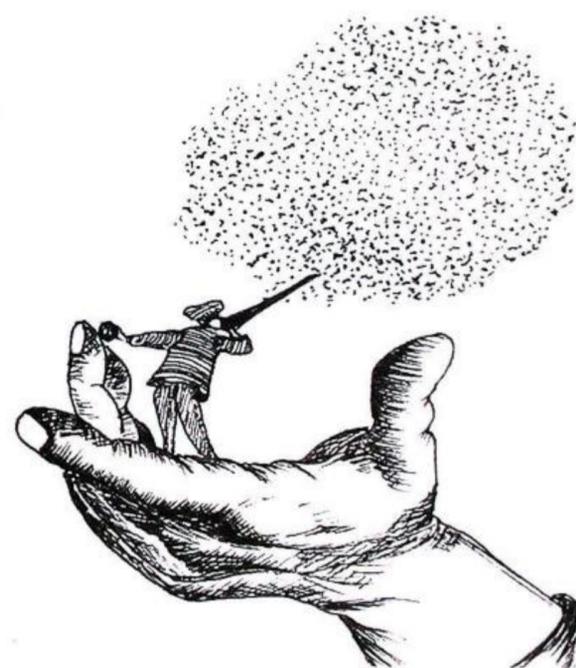
Víctor Gaviria se revela una vez más

Víctor Gaviria en palabras

Luis Fernando Calderón (comp.)
Instituto Tecnológico Metropolitano,
Medellín, Colección Textos urbanos,
2009, 197 págs.

No voy a ocultar la gran admiración que siento por Víctor Gaviria como director de cine. Independientemente de que a unas personas les gusten o no las temáticas que aborda en sus películas, creo que es difícil negar que el director paisa tiene una obra y que esa obra

es auténtica y dice mucho: refleja una visión de la vida, de la sociedad colombiana, de ese arduo mundo que se vive en este país. Aunque la obra cinematográfica de Víctor Gaviria habla de Colombia y, si se quiere, específicamente de Medellín y sus alrededores, no es una obra localista y mucho menos costumbrista como algunos la quieren hacer ver. Por el contrario, los dilemas que plantea, las revelaciones que hace, para utilizar las palabras de Víctor, dicen no sólo de un terruño y sus aberrantes habitantes, sino de la condición humana en general, que es, en esencia, la misma, aunque se haya nacido en este lugar o en el otro y en ésta o en aquella otra época.



Víctor Gaviria es un poeta y un naturalista, el más perfecto naturalista colombiano junto con Carlos Mario Aguirre del Águila Descalza, pues su obra revela —y vuelvo a la palabra que Víctor Gaviria utilizó para referirse a lo que quieren lograr sus películas en un seminario sobre guion que dictó hace algunos años— un mundo que para muchos está oculto o no han querido ver o que si ven juzgan sin compasión alguna. La poesía naturalista de Víctor Gaviria en sus películas es brutalmente cruda y compasiva. La revelación que ellas hacen deja al desnudo un mundo que duele, unos personajes que no tienen redención, una sociedad absurda, pero todo es

mirado con empatía, con un deseo profundo de que su sufrimiento sea el detonante de su liberación y con la intención consciente o inconsciente de que en algún momento, así sea en sus películas, estos seres tengan un instante de felicidad.

En *Víctor Gaviria en palabras*, Luis Fernando Calderón, el compilador, incluye textos del autor que así mismo se constituyen en una revelación y no ¡a Dios gracias! de la personalidad del poeta y director paisa ni de su biografía, sino de la profundidad de su obra, ya no solo cinematográfica, sino también literaria. La compilación, como lo aclara Calderón en el prólogo, está compuesta por un “singular mosaico” del que forman parte esclarecedores ensayos y crónicas, al igual que poemas de Víctor Gaviria.



En la primera parte encontramos un baúl de tesoros en el que se incluyen muchas preciosas joyas que forman un espléndido collar. Calderón arma un extenso e iluminador reportaje sobre diversos temas de la obra cinematográfica de Gaviria a partir de “la compilación de conversaciones, entrevistas, testimonios y respuestas que al autor ha concedido en varias ocasiones a diversos medios de comunicación” (pág. 10). En esta compilación, que hay que agradecerle al escritor Calderón pues nos ahorra vueltas y revueltas en archivos de diversas épocas, Víctor Gaviria cuenta cómo fue su llegada al cine, cómo se metió en la “temática social” y se decidió a trabajar con actores naturales, porque en su trabajo hay una búsqueda de verdad y de revelación de esta verdad para el espectador, cómo son y cómo se relaciona el director con los actores naturales, cómo construye sus guiones cotidianos, por qué ha-

blar de la violencia y cuál es el vínculo, en su caso estrecho, entre el cine y la poesía.

Lo que dice Víctor Gaviria en palabras, sencillamente refuerza la revelación ineludible de que lo que él ha hecho y hace es una obra de arte. Desde luego, Víctor no es un teórico, ¡y no hace falta! Lo que él expresa no necesita, para comprenderse, lagunas de teoría que hay que atravesar de la mano de expertos o diletantes. Como sus películas, lo que Víctor Gaviria dice sobre ellas es directo, sin pompa y sin arrogancia alguna. Su obra, por brutal que sea, llama a la compasión, a la conmoción, a la empatía y a la revelación sobre la parte de nosotros que hay en sus personajes y en las situaciones que ellos viven. Algunos ejemplos de sus palabras:

Mi llegada al cine fue bastante casual. Cuando estaba estudiando sociología y escribiendo poesía en una revista especializada de Medellín, Acuarimántima, recibí de regalo una camarita que mi hermana me envió de Chicago. Era una súper ocho milímetros; y como era barato filmar, comencé a buscar imágenes en las esquinas, en los baldíos del barrio, en donde crecían hierbas y arbustos sorprendentes [...]. [pág. 11]

En cuanto a la “temática social” de su obra, dice así: “Lo que llamamos temática social tal vez no sea sino la búsqueda de una dramaturgia colectiva” (pág. 13).

En lo que se refiere a cómo y por qué actores naturales, expresa Gaviria:

A esos niños los fui localizando, contactando, convenciéndolos de actuar en una película, en el mismo medio en que la película transcurría, o sea que al mismo tiempo que yo los conseguía también iba conociendo ese mundo de los niños de la calle [...] La vendedora de rosas es realmente como una reconstrucción del universo de esos niños. Me gusta utilizar la palabra universo porque me parece como romántica en el sentido de que es una realidad donde todo está rela-

cionado, como tejido, de alguna manera armonizada. Por muy pobre y horrible y brutal que sea ese mundo, yo pienso que más que una serie de hechos brutales, es un universo donde las cosas se corresponden y tienen sentido. [pág. 19]

¿Se podría encontrar algo más elocuente y menos arrogante? Es difícil. La manera en que Víctor Gaviria se refiere a su obra es simplemente directa, como directos son sus personajes y sus historias. No hay nada rebuscado porque al final, lo que se debe hacer es descubrir lo que está ahí y hacerlo arte para que pueda ser humanizado.



La siguiente parte del libro contiene dos ensayos sobre poetas paisas: José Manuel Arango y Helí Ramírez. De estos dos quizá el más conocido allende las montañas del valle de Aburrá es el primero. Su obra ha sido elogiada y ponderada en muchos semanarios y revistas especializados, y no tan especializados. Lo que escribe Víctor, entonces, sobre Arango, no es novedoso, aunque quizá lo fuera en el momento en que lo escribió —y esto toca adivinarlo porque al compilador uuups, se le olvidó poner de dónde era tomado el ensayo. Pero aquí la novedad no es el punto. Lo que este ensayo revela de nuevo es la sensibilidad del poeta que lee al poeta, que recrea sus signos, que se deleita con sus aciertos. Menos conocido es Helí Ramírez, el poeta obrero, el poeta de izquierda de quien, esto lo digo aunque sea una confesión vergonzosa, mucho nos burlábamos en nuestra época de la Universidad de Antioquia, dizque por lo prosaico de

su poesía (si es que cabe una expresión así), por sus temáticas tan populares y porque metía cosas de su barrio en sus poemas. No era el tiempo del *rap* y, por lo menos yo, para no arrastrar a otros, no reconocía en lo urbano una fuente de inspiración poética. Para mí, sumergida en las profundidades del surrealismo paisa, tan enterada y enterrada en la poesía maldita que, como dice Sandro Romero en alguno de sus libros puede llegar a ser, en su versión criolla, poesía malita, tan deleitada con la psicodelia, no me había dejado tocar por lo urbano/cotidiano convertido en poesía (claro, ya sé que Bob Dylan lo había hecho, pero...). Igual. Con los años mi mirada sobre la poesía cambió y no fue por leer este ensayo de Víctor Gaviria sobre Helí Ramírez. Sin embargo, ahora, lo leo y sigo entendiendo cosas sobre la poesía urbana, sobre Helí Ramírez y sobre Víctor Gaviria, quien dice esto sobre el trabajo del poeta obrero: "Lo más frecuente entre nosotros es una poesía y literatura que se parecen a poesía y literatura. Siempre será indispensable que alguien escriba con esa espontánea indiferencia del que lo hace simplemente porque tiene algo imperiosamente que decir" (pág. 63).



A los ensayos sobre poesía le siguen las crónicas que, más que serlo en sentido estricto, son cuentos cortos, relatos penetrantes sobre personajes de la infancia y de la adolescencia de Víctor, entre ellos uno recurrente, un tío suyo medio loco y medio raro que habita en un pueblo y toca violín en un instrumento que él mismo construyó. De nuevo, como en todo lo que hace Gaviria, la poesía está presente porque ésta no es solo escribir versos, como algunos creen, sino una mirada sobre el mundo. Otro ejemplo:

Cuando llegó a Liborina un nuevo rector para el Liceo, mi tío, de setenta y dos años, le enseñó alguna noche un pequeño violín que a los quince había hecho por su cuenta. El rector lo tomó entre las manos, lo miró, pero su única expresión fue la de señalar lo viejo que era. Un violín hecho por la fiebre de un adolescente de pueblo, de muestra del diminuto dibujo de un Larousse, que durante meses dio un sonido agradable, merece un comentario más justo. De allí la decisión de mi tío, en adelante, de apenas saludarlo. Decisión que indica una muy sabia susceptibilidad. [pág. 75]

¿El comienzo de otra película de Víctor Gaviria? Bien podría serlo.

De esta forma transcurre el libro: poesía, revelación, brutalidad compasiva, simpleza frente a un mundo complejo, autenticidad en la mirada, arte. Por eso, recomiendo con énfasis que todos aquellos que quieren hacer cine, escribir poesía, redactar crónicas o, en fin, decir algo sobre su mundo interno viendo la realidad externa lean esta magnífica compilación de textos de Víctor Gaviria que Luis Fernando Calderón tan generosamente pone a nuestro alcance.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Cuando la realidad es tan horrenda que supera la ficción

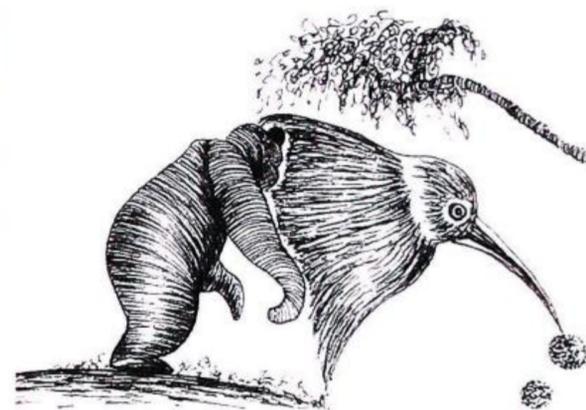
Vivir sin los otros. Los desaparecidos del Palacio de Justicia

Fernando González Santos

Ediciones B, Bogotá, 2010, 166 págs.

Los acontecimientos del 6 y 7 de noviembre de 1985 en Bogotá forman parte de una de las peores tragedias de la historia reciente de Colombia. Esta tragedia tiene múltiples dimensiones, por la cifra de víctimas, por la

destrucción del Palacio de Justicia, por la impunidad con la que actuaron quienes ordenaron y ejecutaron la retoma militar de las instalaciones, por la censura a los medios de comunicación, por la inacción pusilánime de los altos dignatarios del gobierno de turno —empezando por el presidente de la república—. Algunos de estos aspectos son medianamente conocidos, pero hay otra tragedia, la más cruel de todas, que se proyecta hasta el día de hoy y que sigue sin resolución: la de los desaparecidos del Palacio de Justicia.



Apenas terminó la recaptura violenta del edificio en el centro de Bogotá, se inició el drama, agónico e interminable, de once familias que desde entonces buscan a sus parientes, los cuales trabajaban en la cafetería del Palacio, o la frecuentaban, y desaparecieron el 7 de noviembre de 1985. Esa fría tarde novembrina, como en los tiempos del Tercer Reich, once personas fueron desaparecidas en la Noche de Niebla del olvido. De ellos, nos han quedado sus nombres: Carlos Augusto Rodríguez Vera, administrador de la cafetería; Cristina Guarín Cortés, cajera de la cafetería y licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional; David Suspes Celis, chef; Bernardo Beltrán, barman y mesero; Luz Mary Portela León, quien reemplazaba ese día a su madre, que estaba enferma; Héctor Jaime Beltrán, mesero; Gloria Stella Lizarazo, manejaba el autoservicio; Ana Rosa Castiblanco, de 38 años y con embarazo de ocho meses, ha sido la única cuyos restos fueron identificados en una fosa común de Bogotá, el 7 de julio de 2001.